

escrito sobriamente, con claridad y pulcritud, atento tanto a la traducción y a las anotaciones de esta obra de Gregorio como a una profunda presentación de la coherencia de su pensamiento

Lucas F. MATEO-SECO

Bernard SESBOÜÉ-J. WOLINSKI, *Storia dei Dogmi. Il Dio della salvezza. I-VIII secolo. Dio, la Trinità, il Cristo, l'economia della salvezza*, Piemme, Roma 1955, 494 pp. 18 x 24, 5. *Historia de los dogmas* (bajo la dirección de B. Sesboüé), *El Dios de la salvación*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1995, 427 pp., 23 x 15.

En su producción teológica, B. Sesboüé ha prestado especial atención a la historia del dogma, sobre todo a la historia del dogma cristológico. Estos estudios destacan por la oportuna selección de datos y por la sabiduría con que estos datos son leídos y presentados en su articulación histórica y en su dimensión doctrinal. Así sucede especialmente en su *Jésus-Christ dans la Tradition de l'Église*, al mostrar, entre otras cosas, la coherencia con que enlazan entre sí y con la primera tradición de la Iglesia los grandes concilios cristológicos (cfr. la recensión de ScrTh 17 (1985) 888-892). Bajo la dirección de B. Sesboüé se inicia ahora la publicación de una historia de los dogmas, que según se nos informa en la presentación, estará repartida en cuatro volúmenes: I, *Il Dio della salvezza* (ss. I-VIII); II, *L'uomo e la sua salvezza* (ss. V-XVII); III, *I segni della salvezza* (ss. XII-XX); IV, *La parola della salvezza* (ss. XVIII-XX).

Los títulos y la división de los volúmenes indican ya que el hilo conductor que va a dar unidad a estos cuatro volúmenes es el concepto de salvación que aparece subrayado en todos ellos, tanto en los volúmenes que se dedican a Dios y al hombre, como en los que se dedican a los sacramentos y a la revelación. Junto a este rasgo que hace verdaderamente sugestiva la sistematización de esta historia de los dogmas, cabe destacar el hecho de que se ha elegido como punto central de estudio en cada volumen aquel período que ha sido el más fecundo a la hora de la plasmación doctrinal de las cuestiones que en ellos se abordan. Así, por ejemplo, para la cristología se han elegido los siglos I-VIII, es decir la época de la formulación del dogma cristológico, mientras que para la cuestión de la gracia se han elegido los siglos V-XVII, y para las cuestiones pertenecientes a la revelación los siglos XVIII-XX.

El volumen primero, que es el que comentamos, viene precedido de una presentación redactada por B. Sesboüé poniendo de relieve cuál es el espíritu y cuáles son los propósitos con que los autores van a acometer esta empresa, siempre costosa. Recuerda Sesboüé, que si bien es verdad que J. Turmel, al escribir su *Historia de los dogmas*, intentaba probar la existencia de una evolución «heterogénea» en la enseñanza de la Iglesia, ahora no se plantea ya de manera conflictiva el problema de la relación entre la historia y el dogma; observa también que ahora se tiene una especial sensibilidad para captar la importancia que tiene en el quehacer teológico el articular oportunamente lo histórico y lo dogmático. Conseguir esta articulación resulta imprescindible para presentar la enseñanza cristiana en sus adecuadas proporciones.

Serenidad y articulación. Estos rasgos se encuentran presentes a lo largo de este primer volumen, que comienza con una introducción a cargo de Sesboüé titulada *El punto de partida*. Se estudian aquí los primeros discursos cristianos en materia cristológica, especialmente las doctrinas judeo-cristianas, el judeo-cristianismo heterodoxo y el gnosticismo. Hermosas son las páginas dedicadas a la Tradición y la Regla de la Fe, especialmente oportunas para mostrar el nacimiento del dogma y de la regla de la fe y la presencia que la tradición tiene ya en el Nuevo Testamento, en una palabra, para mostrar cómo la profesión de fe cristológica no sólo enlaza con su misma fuente —Jesús—, sino que caracteriza y distingue a la Iglesia desde los primeros momentos. «La misión recibida del Padre por Cristo y en el Espíritu —se dice en la p. 44—, está por tanto en el origen de la tradición. Esta se expresa en particular en la sucesión apostólica de obispos, cuya finalidad es precisamente permitir a la Iglesia seguir siendo fiel a la tradición auténtica».

El capítulo II lleva por título *El contenido de la tradición: regla de fe y símbolos (siglos II-V)* (pp. 57-107). Se analizan aquí desde los primeros Símbolos hasta el Niceno Constantinopolitano y, en forma más breve, los Símbolos posteriores. Enmarcado en esta sucesión de Símbolos, el de Nicea —que tanta importancia tiene para la historia del dogma— aparece situado en su mejor contexto, y aparece como una expresión privilegiada de la fe de la Iglesia, que busca ante todo ser fiel a la tradición recibida. En efecto, como subraya Sesboüé, sucesión apostólica, canon de las Escrituras, Símbolos de la fe están estrechamente relacionados entre sí. Los dos primeros constituyen una garantía de la fidelidad de la Iglesia a la tradición apostólica. Los Símbolos de la fe explicitan y sintetizan el contenido de esta fe. Por esta razón, «los artículos de fe que desarrollan estos textos de la Iglesia constituyen el corazón mismo del dogma cristiano» (p. 57).

Los dos capítulos siguientes, a cargo de J. Wolinski, están dedicados al misterio de la Trinidad, y llevan como título *La economía trinitaria de la salvación* (s. II), y *De la economía a la Teología* (s. III) (pp. 109-185). Como indican los títulos, se hace la historia del dogma trinitario intentando seguir precisamente el mismo camino que recorrió la Iglesia en su paulatina explicitación de lo que implica la afirmación del misterio de Jesús, es decir, la afirmación de su filiación al Padre. El es el Hijo en una forma única y suprema y, por eso mismo, se hace necesario afirmar que el misterio de Dios incluye pluralidad de personas y unidad de existencia. Muchas de estas páginas vuelven a narrar algo que es muy conocido pero que aquí se narra con matizaciones especialmente oportunas en algunos momentos. Así sucede, por ejemplo, cuando se nos habla del «subordinacionismo» de los Padres antenicanos, atribuible más a dificultades de expresión que a dificultades de concepto: «una cosa es la perspectiva de fe de los autores en cuestión, desde Justino a Orígenes, y otra la adecuación de sus elaboraciones conceptuales a propósito de la misma. Su fe en la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo no puede ponerse seriamente en duda; en todo caso, la crisis arriana no podría explicarse si se hubiera instalado pacíficamente en la Iglesia de su tiempo un subordinacionismo de tipo arriano» (p. 182). Justamente. Sería inexplicable que la Iglesia de comienzos del siglo IV se hubiese sentido herida en su fe por el subordinacionismo arriano hasta el punto de iniciar el gravísimo debate que llena todo ese siglo, si no fuese porque tenía conciencia de la perfecta divinidad del Hijo mucho antes de que surgiese Arrio. A este tema, el de la divinidad del Hijo y del Espíritu en el siglo IV, se dedica el capítulo V (pp. 187-221), que corre a cargo de Sesboüé, y que es desarrollado en la forma ya conocida por sus publicaciones anteriores.

El capítulo VI tiene este extenso título *El misterio de la Trinidad: reflexión especulativa y elaboración del lenguaje. El 'Filioque'. Las relaciones trinitarias*. Sesboüé se detiene en dos momentos cruciales para la formulación del dogma trinitario: en el debate del siglo IV y en la elaboración teológica que va desde San Agustín a Santo Tomás de Aquino. La primera parte quizás resulte demasiado breve para comprender en su profundidad la argumentación de Eunomio, sobre todo, lo que conlleva la afirmación de que pertenece a la esencia de Dios el ser inengendrado y la respuesta de San Basilio basada en la inefabilidad de la esencia divina. Quizás hubiese sido conveniente detenerse un poco más en la elaboración de la doctrina trinitaria efectuada por los Capadocios.

El hecho de tratar también en este capítulo la cuestión del Filioque es la razón de que se dedique una segunda parte de él a la doctrina trinitaria

ria en el amplísimo marco que va desde San Agustín a Santo Tomás. Por esta razón se tratan con excesiva brevedad autores de tanto relieve en la doctrina trinitaria como San Anselmo o Ricardo de San Víctor a los que sólo se les dedica una breve mención. Al mismo tiempo, y muy oportunamente, la doctrina agustiniana es presentada subrayando sus conexiones con el pensamiento trinitario griego. Este capítulo termina con unas bien meditadas páginas en torno a la doctrina del Filioque donde el lector encuentra los datos necesarios para comprender las razones especulativas e históricas del debate doctrinal que aún hoy persiste entre Oriente y Occidente (pp. 250-267).

Con los capítulos VII y VIII, también a cargo de B. Sesboüé, volvemos a los grandes temas cristológicos. En el capítulo VII se analizan las cuestiones concernientes a Efeso y Calcedonia. Tras el estudio de estos Concilios, el A. dedica unas páginas al balance y a la recepción del Concilio de Calcedonia. En cuanto al balance, mantiene aquí las líneas esenciales de su pensamiento, destacando más los límites de la formulación calcedoniana, tal y como son enumerados por la mayor parte de los autores. Por una parte, escribe Sesboüé, «el concilio de Calcedonia dio a la Iglesia su 'gran' fórmula cristológica. Esta fórmula equilibrada y sintética es 'definitiva' en el sentido de que siguió siendo clave de bóveda de la expresión eclesial de la fe en Cristo, y toda reflexión cristológica tiene que situarse respecto a ella (...) Reviste por ello una autoridad considerable y guarda su sentido en nuestros días» (p. 323); por otra parte, esta fórmula adolece de «un doble límite en su representación y en su lenguaje. En la representación corre el peligro de hacer pensar que las dos naturalezas se sitúan 'codo con codo', en una especie de 'emparejamiento', como si se tratase de dos realidades comparables, mientras que la diferencia entre la naturaleza divina y la humana es imposible de medir (...) Además, esta fórmula, que no menciona el misterio pascual y no hace más que glosar el acto de la encarnación y el estatuto del Verbo encarnado, no tiene en cuenta los estados de Jesús. Sin embargo, está claro que la relación de la divinidad y de la humanidad no se vive de la misma forma en el caso del Jesús prepascual, que vive bajo el signo de la 'kénosis' y en el caso del Señor resucitado y glorioso» (p. 324).

Excesivamente breves las páginas dedicadas a la soteriología en el capítulo VIII, que es el último y que está titulado con este abarcante título: *Siguiendo los pasos de la Calcedonia: la cristología y la soteriología desde el siglo VI*. Baste anotar que la soteriología del segundo milenio, que abarca desde San Anselmo hasta nuestros días, ocupa sólo las pp. 378-392.

Quizá sea imposible comentar una historia de los dogmas sin referirse a los problemas de espacio que hacen imposible tratar muchas cuestiones con el detenimiento que sus autores hubieran deseado. En cualquier caso, es claro que este primer volumen de esta nueva historia de los dogmas se beneficia de los rigurosos y abundantes trabajos que le han precedido tanto de sus propios autores como de otros historiadores del dogma, especialmente la historia publicada bajo el cuidado de M. Schmaus, A. Grillmeier, L. Scheffczyk y M. Seybold. Se beneficia, sobre todo, de la serenidad y de la honestidad con que ha sido planteada y realizada.

Lucas F. MATEO-SECO

Ramiro PELLITERO, *La teología del laicado en la obra de Yves Congar*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra-Navarra Gráfica Ediciones, Pamplona 1996, 529 pp., 16 x 24.

La importancia que tuvo la publicación en 1953 de *Jalons pour une théologie du laïcat* en orden al desarrollo de la reflexión teológica sobre la condición laical es un dato universalmente reconocido. Como también se reconoce universalmente el impacto que produjo la posterior evolución del propio Congar desde sus posiciones de la década de los cincuenta hasta la llamada «teología de los ministerios», tal y como la esbozan algunos de sus escritos de mediados de la década sucesiva y la consagra su artículo biográfico de 1971, es decir, su *Mon cheminement dans la théologie du laïcat et des ministères*. Limitarse a esos dos momentos fundamentales desembocaría, no obstante, en un notable empobrecimiento en la comprensión de las ideas del gran teólogo francés, ya que implicaría dejar al margen matices muy significativos de su desarrollo intelectual y, sobre todo, se expondría a no poner debidamente de manifiesto algunos de sus presupuestos básicos.

El estudio de Ramiro Pellitero constituye un espléndido antídoto frente a ese peligro: las 500 páginas de que consta nos ofrecen, en efecto, una reconstrucción a la vez minuciosa y ponderada del itinerario intelectual seguido por Congar respecto a la vocación y misión de los fieles laicos. Dos son, a juicio de Pellitero, los presupuestos o, con expresión tal vez más exacta, los factores que no sólo condicionan la reflexión de Congar a este respecto, ya desde el inicio, sino que la hacen surgir: la vida concreta de la Iglesia y en especial la experiencia de la Acción Católica, y la renovación de la eclesiología iniciada en el siglo XIX y culminada en el XX. Ambos factores, influyéndose mutuamente y entremezclándose con otros que los completan y, en ocasiones, los modifican o matizan van